

Nací por allá por el 1830. Muchas personas colaboraron en mi desarrollo. Desde pequeña me sentí triunfante: más que una reina, era la diadema más brillante que coronaba el cerro. Tenía la ubicación más “VIP”, de todas mis compañeras. Miraba un pequeño poblado rodeado de verde.

Por mis peldaños transitaban mujeres de anchos vestidos, hombres de andar canino, niños bulliciosos de ridículos pantaloncillos cortos. Otros con ropajes oscuros, con olor a leña, me miraban desde lejos. A veces me sonreían, pero la mayoría de las veces me miraban tímidamente, y yo me abría paso con mi majestuosidad entre sus nublados ojos negros.

Pasaron muchos años. Escuchaba tantas, tantas cosas. En un momento escuchaba tanta gente toser, en el aire se escuchaba – *cofff, cofff, cofff*- de día y de noche. A veces, mis lindos ropajes de siglos elegantes se vestían de blanco puro de la nieve; luego, de barro húmedo, que no me asentaba tanto... pero bueno.

Hoy han pasado algo más de 150 años, (me sonrojo cuando me preguntad la edad), y he visto pasar familias preocupadas. Me sorprenden amaneceres y anocheceres, primeros besos entre compañeros de turno, discusiones y términos de relaciones prohibidas. Pero sigo aquí. Ya mis brillantes no llaman tanto la atención, pero sigo coronando el cerro. Te invito, detente un minuto y desde el plano búscame elevando tu vista. Aquí estoy: observadora silente de tantas historias cajoninas, declarada la testigo clave en cada sumario del hospital...Aquí estoy. Aquí seguiré, posando en cada foto que se me solicite, sería como me enseñó la Sra. Carolina Deursther y supervisando el paso del tiempo.